

El Sudor del Obrero

Organo de las Sociedades Obreras y de la Coalición Republicana Socialista

SE PUBLICA 4 VECES AL MES

GRATIS A LOS SOCIOS

Redacción y Administración:
J. NAVARRETE, NÚMERO 44

No se devuelven los originales.

Comerciantes de la ignorancia

Dos palabras: Agradezco las inmerecidas frases de elogio que me dedica «Uno de casa», con motivo de mi artículo «¡Pescadores!» Nació sólo de un buen deseo, de una buena voluntad.

Nunca se pudo aplicar con mejor acierto el calificativo que sirve de epígrafe á este artículo, que en esta ocasión, porque es de palpitante interés para la marinería de este puerto conocer el comercio inhumano que de ella, por su ignorancia, se hace.

Los armadores de las parejas del bou del Puerto de Santa María, desde la creación de esta industria, unos más, otros menos, quién por bueno, quién por malo, todos, absolutamente todos trafican doblemente con el capital y la carne humana.

Si el desenvolvimiento de esa industria, sus pérdidas y ganancias, sus altas y bajas, fuera conocido de todo el mundo; si se examinaran las *cuentas galanas* que ellos á su manera hacen á los tripulantes de sus barcos, cuánto lo ganado y cuánto lo que corresponde á cada uno, indignaría y sublevaría el ánimo hasta de los más cachazudos, porque verdaderamente asombra la serie de garramas, las filtraduras, el *pimpeo* que de un modo más ó menos encubierto se hace á los infelices que no tienen otro modo de subsistir más que luchando con el mar y sus voraces habitantes.

Esos *comerciantes de la ignorancia* no piensan en las amarguras y en la miseria que impera en todas las casas y en todas las familias de sus pobres explotados; para ellos no existen privaciones de ningún género; ¡ah, ellos no! son los *amos*; son en su clase algo así como los que en la antigüedad eran señores del feudalismo.

Ellos, ante la miseria de los desgraciados que exponen sus vidas, sacrifican su existencia y van convertidos en bestias de carga á robar al mar sus productos, pasan encogiéndose de hombros sin importarles un comino el niño que pide pan, la esposa enferma sin medios para restablecer su salud.... nada, porque sería interminable la tarea de enumerar las tristezas de esas desventuradas familias de los pobres pescadores, y también resultaría pálido pintar con todos sus colores la verdad de estos asertos, la indiferencia de esos mercaderes sin conciencia, ante la desgracia de sus explotados.

Pero todo en este mundo tiene su razón de ser, y estas anomalías, esa conducta tan execrable tiene su fundamento; los pescadores mismos, que son el pedestal, la base en que sólidamente se apoyan los patronos; ellos mismos, por su rudeza, por desconocer completamente cuánto valen, son el instrumento, son los que, puede decirse, facilitan el puñal que ha de servir después para segar sus cuellos.

¿Qué sería de esa decena de patronos si solamente por treinta días tuvieran que varar sus barcos por no tener víctimas que embarcar en ellos?

¿Y cuánto no valdrían esos harapientos pescadores si, asociados, hicieran ver cuánto merecen por el trabajo que hacen y el capital que por su esfuerzo se desarrolla?

Ah, pobre gente; no os aconsejaré que con algaradas ni con la violencia hagáis valer vuestros derechos; hoy esos procedimientos no llevan á ningún fin práctico: el grito de indignación lo corta el diminuto proyectil de un Maüser.

Vosotros tenéis razones poderosas que con sólo exponerlas donde debéis, habréis de ser atendidos; podéis luchar empleando las armas de la legalidad y

de la justicia y conseguir el mejoramiento de vuestro estado social; pero, entendedlo bien, mientras no estéis todos unidos, todos agremiados, no intentéis defenderos.

Descarriados por acá y por allí no haréis nada; nunca conseguiréis nada.

Con el desprecio ó poco menos que á puntapiés se os trata hoy; mas si mañana, asociados, reclamais con toda la razón que siempre acompaña vuestras quejas, ya sucedería otra cosa: seríais respetados, seríais atendidos, se os miraría como á seres humanos.

Entonces habréis conseguido el triunfo más inmenso: ¡vuestra redención social!

¡A la unión, marineros!

CABAL

Arañazos

Otra vez mis queridos lectores, vuelvo á empuñar la pluma después de mi *indisposición*, para molestáros con mis *Arañazos*, que gracias á vuestra benevolencia han pasado hasta aquí sin protestas.

Y como espero, abusando de vuestra paciencia, que en lo sucesivo será objeto de la misma benevolencia, es por lo que me decido una vez más, en la seguridad de que no me *arañareis* á mí, aunque bien merecido lo tengo.

Y no vá más por hoy.

**

Hace algunos días leí, que la célebre tiple Srta. Soier había sido expulsada del «Pilar» por lo deshonesto de su indumentaria, cosa que puso en un brete al curita de la renombrada Iglesia.

Yo no conozco al tal curita ni quiero; pero me parece que no tendría mucha confianza en sí mismo cuando trató de apartarse de la tentación.

¡Parece que estoy oyendo á algunos de los clérigos de la localidad y muy especialmente á los que se alojan en las cochineras de San Francisco, al leer la noticia de la expulsión!

Enseguidita expulsan á la famosa tiple del convento de San Francisco ó de otra cualquier iglesia de Puerto; enseguidita.

Lo que sí que le hubiera costado un triunfo salir y... tal vez hubiera estado un poco de tiempo afónica.

Nada, señor curita del «Pilar», véngase una temporadita con los reverendos padres, y ya verá usted como en lo sucesivo en vez de decirles á las señoras que se marchen, les dirá:

¡Vénganse, vénganse, que yo también me vengo de las almas impías que desatienden los mandatos de la santa madre iglesia!

Vénganse, vénganse que yo también me... vengo.

* * *

Ya tenemos nuestro centro social un poquitito más blanco de lo que estaba, gracia á los dos gañafones que le hemos tirado al señor Díaz Dozal.

Bien quisiera no haberme ocupado más de dicho señor; pero ante la ridiculez de dejar sin pintar sus balcones, no tengo más remedio que seguir ocupándome de él.

Sí, créalo usted, Sr. Díaz Dozal; eso no se le ocurre más que á un Díaz Dozal cualquiera.

Al menos que el encargado de pintar fuera el dependiente que tomó las de Villadiago con el cepillo del santo, digo de Díaz Dozal, que también es santo.

Vaya si lo es.

Y, (entre paréntesis.)

¡Que bien hizo el dependiente con pirarse! «El que roba á un santo, tiene catorce siglos de indulgencia.»—Rampolla.

* * *

Ahora no es con Díaz Dozal con el que la voy á tomar, sino con un Selma; porque no porque se llame Selma, está libre de mis uñas.

Este Selma es, el contratista de la basura; y este contratista de la basura, hace trabajar á los infelices beaureros la friolera de catorce horas diarias por un jornal mezquino en absoluto.

Ya sé que el Sr. Selma es un pobre; pero no porque sea pobre tiene derecho á abusar de los trabajadores, que no tienen otros medios de vida que sus brazos.

Antes al contrario, por ser pobre está más obligado á velar por el bienestar de lo suyo.

Ya vé usted que hablo en serio señor Selma; y porque hablo en serio, espero que variará usted de conducta y obrará más en justicia.

Conque ¿estamos señor Selma?

EL GATO.

Homenaje á Galdós

Grande por el número de espectadores, inmenso por la calidad de los mismos, incompensable por lo que para este pueblo representa, fué el homenaje que en nuestro principal teatro tributó la notable compañía cómico-dramática que dirige el joven estudioso y ya célebre actor don José Vico, al jefe de la conjunción socialista-republicana, al maestro de la literatura contemporánea, al autor en suma de los Episodios Nacionales, don Benito Pérez Galdós.

No solamente porque nos halaga en extremo todo lo que pueda constituir gloria para nuestro aliado de hoy y ¿quién sabe?, si nuestro compañero mañana: nos hacemos eco en nuestro modesto periódico del referido homenaje. Son así mismo nuestras convicciones lo que á ello nos impulsa.

Nosotros sabíamos que estaban completamente equivocados aquellos que abrigaban la creencia de que la compañía del señor Vico, estaba ya inficionada por el ambiente jesuítico que en esta levítica ciudad se respira.

Nosotros sabíamos además, que los aprendices de Cucala y Santa Cruz, sostenían *sotto voce*, que si bien pudimos obtener sobre ellos un gran triunfo en las últimas contiendas, ellos á su vez se bastaban y sobraban para impedir que en el escenario de nuestro teatro se representaran obras de tendencias libres.

Nosotros sabíamos todo esto, y callábamos

por convicción absoluta de que el trabajo de zapa de los reaccionarios daría para los mismos contraproducente resultado.

Nosotros habíamos hecho un estudio psicológico del elenco y estábamos plenamente convencidos de que lo componen seres en posesión de doble conciencia, la humana y la de artista, y por consecuencia son invulnerables como fortalezas edificadas con piedras de granito. Y por la compañía se rompe el fuego graneado haciendo la *reprise* de *Noblezza en el corazón*, obra original de nuestro paisano y querido compañero Sucino, obrero manual, quien en brazos de sus amores por la humana emancipación, hubo de escribir esa obra, como él eminentemente socialista.

El Cristo moderno y *Casandra* sacan de quicio al neismo cuando no se había terminado aún la concienzuda labor. Había que dar el rotundo mentís á los perniciosos, y... ¡vaya tripita!; repetición de *Casandra* con homenaje á su insigne autor: homenaje tributado por la libre iniciativa de la compañía.

Y ahora dejemos el plural periodístico; los vi interpretar *Casandra*, y si Galdós la presencia hubiese salido satisfecho; pero si Galdós está presente, quizás por el natural temor no hubiéramos escuchado á la Banquer (C.) leer su «amanece» de ritmo suave y perfumado, tan suave y perfumado como ténua brisa que besando un campo de flores cuando timidamente nuestro rostro azota nos embriaga con sus perfumes.

Tan encantador como su «altura» fué «Amanece», pero en estas latitudes necesitábamos la nota viril y nos la dió Carrascal con su trabajo-discurso que por él leído magistralmente, arrancó una ensordecedora salva de aplausos.

Tanto Vico como Raga cantaron las glorias de don Benito, pero como nosotros también queremos rendir público homenaje á Galdós y para ello nada mejor que transcribir uno de los trabajos leídos y como á la índole de nuestro periódico es el de Carrascal el que más se adapta, con la anuencia de él, lo transcribo:

«Señores: Es la primera vez en mi vida que escribo algunas frases encaminadas á enaltecer la grandeza de uno de los primeros talentos de España. Este es mi gran temor: es demasiado pequeña mi musa para que yo pueda hacerlos comprender la insignificancia y al propio tiempo la grandiosidad del homenaje que hoy dedicamos al insigne Pérez Galdós, gloria de nuestra patria. He dicho insignificancia, porque merece tanto su talento, que cuanto hagamos y digamos resultaría siempre pequeño, pero he añadido grandiosidad porque aun cuando nuestras fuerzas sean muy escasas y nuestras inteligencias muy oscuras, resultarán muy grandes por las ideas que animan nuestros corazones. Ruego, pues, un poco de benevolencia por mi humilde trabajo y doy las gracias á todos los que han concurrido á este acto solemne; á las señoras que me escuchan y que con su hermosura han embellecido esta velada, y á todos en fin los que inspirados en ideas libres, siguen la marcha iniciada por Pérez Galdós.

Recuerdo perfectamente que cuando yo tenía diez ó doce años y me dirigía al Instituto con mi primero de latin y la Geografía debajo del brazo, sin querer yo me atraían los escaparates de las librerías donde se exhibían imponentes y bellos de forma, unos libros que mostraban en su portada los colores nacionales: todos los días los miraba y hasta creo que soñaba con ellos; en mi pensar de niño discurría yo de esta suerte, ¿qué libros serán esos que están abrazados por la enseña de la Patria?

Y no pudiendo detener más mi curiosidad, entré un día en la Biblioteca Nacional y, tímido, temiendo que me lo negaran, pedí uno de aquellos libros, y lleno de emoción cogí el que me entregaron y lo abracé con la ilu-

sión con que un niño abraza el juguete nuevo que le compran, reflejándose en mi rostro, efecto de mi emoción, los colores que figuraban en su portada. Aquel libro se titulaba «La Corte de Carlos IV» Este fué el primer episodio que de Pérez Galdós he leído; tal vez por esto, el que más impreso ha quedado en mi memoria y el que comenzó á darme una prueba del gran talento de su autor. Después con «Narváez», «Trafalgar», «Cádiz», «El equipaje del Rey José», «La de los tristes destinos», y en fin, los cuarenta tomos que constituyen los Episodios Nacionales, me di cuenta de la inmensa obra realizada por esa inteligencia privilegiada y del esfuerzo imaginativo y del sin fin de noches de vigilia que trae consigo tan soberano trabajo.

Pero no termina su colosal tarea. ¿Quién es capaz de leer sus Episodios y no aguijonea su imaginación la curiosidad de saborear sus «Novelas Contemporáneas»? ¿Hay nada más sublime, poético y hermoso que su novela «Gloria»? ¿Y á esta puede compararse «La familia de León Roch»? ¿Y no son dignas hermanas de las anteriores «El doctor Centeno y Realidad» y «La de Bringas» y «Doña Perfecta»?

¡Qué, si todo es grande!; si la labor literaria de este hombre asusta por lo fecunda, y cautiva y admira por la belleza de sus imágenes, por lo real de sus personajes y por la sublimidad de sus pensamientos.

Pero donde verdaderamente se ha apoderado de las multitudes ha sido en el Teatro, con sus dramas; quizás porque el Teatro es la cátedra donde se enseña la vida, donde 500 ó mil personas leen á un tiempo en el mismo libro, y por consiguiente, las ideas se difunden, se esparcen, mucho más que con el ejemplar de librerías. Por esta razón no verán muchos los que conozcan todos los Episodios Nacionales y todas sus novelas contemporáneas, pero serán muy pocos los que desconozcan «Doña Perfecta», «La de San Quintín», «El abuelo», «La loca de la casa», «Mariucha», «Electra», «Alma y vida» y «Casandra».

Y si finalmente, habéis leído sus cartas, recuerdos retrospectivos, sus discursos... comprenderéis que este homenaje es muy poca cosa para premiar inteligencia tan soberana y para pagar el bien que este hombre ha hecho á toda la humanidad.

Otro cualquiera en su lugar estaría ensoberbecido, orgulloso; pero á lo anterior hemos de añadir que don Benito Pérez Galdós es la modestia personificada, con dulce carácter, con alma de niño y humilde á los elogios todos muy merecidos que se le tributan.

Esta es, pues, la figura del hombre á quien hoy dedicamos un saludo y una cortesía todos los que aquí estamos reunidos. La política iniciada por hombres de verdadero talento y seguida con verdadero tesón por don Benito, hemos de seguirla todos los que sentimos la necesidad de rumbos reformadores, los que sentimos ideas de libertad.

Sigamos su gloriosa huella. Con su colosal cerebro vayamos en pos suyo, seguros de que ha de conducirnos á puerto de salvación. Si es camino real el que sigue, llano, sin sinuosidades, marcharemos como por una alfombra de flores; pero si para llegar á donde él se propone, hemos de trepar por terreno pedregoso, por escarpados de granito por alturas inaccesibles, y para ello hemos de ensangrentar nuestros pies, no titubemos que al fin de la jornada plantaremos en la cumbre la santa bandera de la libertad.

Abracémonos todos lo que sentimos latir nuestros corazones á la par que el suyo, y con un solo grito como si saliera de un solo pecho, digamos al unísono ¡Viva Galdós! ¡Viva la libertad!

ANTONIO M. CARRASCAL.

Puerto, 10 de Agosto 1910.

Para el Alcalde y el señor Juez

Es verdaderamente una vergüenza lo que viene ocurriendo de algún tiempo á esta parte con un individuo llamado Quevedo, borracho habitual, que no deja pasar un sólo día sin que arme un escándalo en el que salen á relucir los nombres de todas las autoridades locales y lo que es más: los de las familias de estas, que salen mal paradas de la lengua viperina del referido borracho profesional.

Por dignidad, por el buen nombre del pueblo y por el prestigio de las autoridades que le representan, debe imponerse el correctivo necesario para acabar de una vez y para siempre con tanto escándalo é inmoralidad.

Al mismo tiempo llamamos la atención del Sr. Alcalde, para que averigüe quién era el guardia que hace varias noches acompañaba al tal Quevedo en la tienda de «La Fuentecilla», y mientras éste insultaba al entregado, aquel se encargaba de beber *de gorra* por cuenta del Quevedo.

Y conste que de estos guardias hay unos cuantos, aunque afortunadamente no son todos.

¿Harán caso las autoridades de nuestra denuncia?

Ya lo veremos; de lo contrario, ocurrirá lo de siempre: que cuando el tal Quevedo le busque una ruina á un padre de familia, lo que no está muy lejos dada la actitud adoptada por él, entonces vendrán las lamentaciones y el consabido:

¡Quién había de creer...!

Por eso nosotros llamamos la atención de las autoridades, para que no pequen de ignorantes.

EME

Ramon Martinez Lombardo

Ha muerto este querido amigo víctima de traicionera y rápida enfermedad; ha muerto como un justo y ¡ay! como justo iba su cadáver precedido de la cruz, primitivo patíbulo donde tantos y tantos mártires espiaron el delito de pensar humanamente.

Nosotros que hubimos de honrarnos con la amistad de Martínez Lombardo y que por ello estábamos en posesión de su honrado sentir, fuimos de los

que con lágrimas de sangre le abandonamos cuando su cadáver era conducido á la última morada.

Perdona amigo esta inconsecuencia; pero supersticioso en aquellos momentos, creí que pudieras redivivo romper la tapa de tu fúnebre ataúd y erguido sobre él viendo á los de atrás y á los de adelante, decirle á estos últimos: ¡los compadezco!, habéis venido á mi sepelio porque os pagan aquellos que para atropellar mi conciencia necesitaron cojerme muerto, y á vosotros los que queréis exhibiéndolos rendir tributo á mi cadáver, no os lo agradezco.

Descanse en paz el querido amigo, que por nuestro conducto el libre pensamiento mundial sabrá que si católico fué el sepelio de Ramón Martínez Lombardo, se debió á la carencia de hombres.

¡Hechos y no palabras son los que capacitan á los pueblos!

F. T.

A los «pardistas feroces»

Hay una clase de sujetos que deberían estar «sujetos»; es decir reclusos, por la especie de locura que padecen. Nos referimos á los «pardistas», á aquellos que usan la tan manoseada y mugrienta gramática parda, para abrirse paso en determinadas circunstancias de la vida.

Contra la manía de tales gentes, de antiguo venimos usando la gramática negra. ¡Más negra que las alas del cuervo!

Individuos hay que al leer cualquier escrito que á ellos se refiera, se sienten heridos, moralmente, por la verdad—en la mayoría de los casos amarguísima como el acibar—y una vez repuestos de la primera impresión, se sienten leones.

Entonces, aprovechando este fenómeno psíquico y temerosos de que se pase, buscan al autor del escrito, dispuestos á clavarle las leoninas garras...

Pero se equivocan: nosotros sabemos que no es tan fiero el león como lo pintan y que menos puede serlo un asno con piel de león. ¡A cuántos asnos hemos visto caer la piel, no más que al ver retratados en nuestro semblante, la indiferencia y el desprecio!

«No, no nos causan pavor vuestros semblantes esquivos.»

¿Acaso os creéis, seres ruines y degenerados, que han de hacer mella en nuestro ánimo, vuestra insana fiera? No y mil veces no. Nosotros no tememos, sépanlo y apréndanlo de memoria los «pardistas»; nosotros no tememos más que á una cosa: á que nues-

tra conciencia se subleve, grite, se revuelva y nos muerda las entrañas, llegando hasta nuestras inteligencias y perturbándolas de manera horrible, nos sumerja en el caos y en la desesperación.

A eso, á eso es á lo que únicamente tememos.

Pero cuando caminamos por el sendero de la verdad y de la justicia—por ese sendero que vosotros desconocéis—cuando ponemos acorde, al unísono al corazón y la conciencia, irspirándose en ellos nuestra inteligencia para descubrir el mal y atacarlo, para poner el hierro hecho áscuas sobre las iniquidades é infamias de la bestia-hombre, entonces ocurre lo que los inicuos é infames, lo que los corrompidos no pueden comprender. Que nuestra conciencia regocijada, alborozada y riente, busca expansión en nuestro ser y se desata inundándonos de un bienestar inefable, de una felicidad inaudita: la felicidad del deber cumplido.

En esta situación, nada tememos, ni nada nos arredra, porque toda la ferocidad, no de un hombre, sino de miles, todas las injusticias que se perpetraran en nosotros, todos los tormentos que pudieran aplicarnos, podrían arrancar á pedazos nuestras carnes, pero no podrían arrancar la satisfacción de nuestras conciencias.

Ya lo sabéis, pues, pardistas; sois muy poco todos vosotros juntos para hacer variar ni un ápice nuestra conducta en pró del mejoramiento y regeneración del linaje humano.

Y ya que creemos que estas manifestaciones nuestras os convencerán que aquí no hay miedo, ni pedante valentía, sino cumplimiento de deberes, os vamos á demostrar que somos verdaderamente humanitarios por cuanto que á pesar de vuestra torcida y malhadada conducta, quisiéramos atraeros al amor al bien, al amor á la humanidad, y como consecuencia procuraros vuestra felicidad; porque si poco conocimiento del corazón humano produce odio, mucho conocimiento de él produce compasión: y compasión es lo que en definitiva sentimos por vosotros.

JOAQUÍN F. BARBERÁ

A LOS MARINEROS PESCADORES

DEL

PUERTO DE SANTA MARIA

Compañeros: Cada día que transcurre se hace más clara y patente la necesidad de que nos reunamos en apretado haz, á fin de poder contrarrestar

de un modo rápido y eficaz las malas artes y atropellos que con nosotros se cometen á diario por los dueños y patronos de parejas, nuevos señores feudales de la playa portuense.

Estos abusos y estos atropellos, que son para nosotros tan palpables y evidentes, no necesitan para realizarlos la larga serie de argumentos que emplean nuestros explotadores, porque al contrario, ellos son los que por su ilustración superior debieran constituir nuestras más halagüeñas esperanzas y nuestro más firme sostén.

Hora es ya, compañeros, de que cese la inicua explotación de que somos víctimas.

«La unión constituye la fuerza», dice un antiguo axioma. Unámonos, pues, y apoyando nuestras pretensiones en la justicia y en la razón, que nadie podrá negarnos, reclamemos con energía exenta de pueriles temores, la reivindicación que debe existir entre nuestro trabajo y su debida y razonada compensación.

La vida del hombre de mar, la existencia del humilde pescador, no está sólo á merced de las embravecidas olas, ni de los furiosos vendavales; hay algo que la aflige y azota con mucha mayor crueldad que el temporal y el abismo: es la codicia miserable, es la explotación, la cual, mientras estamos jugándonos la vida, desafiando el rigor de los elementos, medita en tierra, entre las comodidades del hogar, cómo ha de pagar aquella sangre con que los infelices marineros están ganando el pan de sus hijos.

No me explico bien; el burgués no medita, el explotador no calcula á cómo ha de pagar, sino cómo puede explotar más y más, al que sobre las tablas de un barco extrae del mar las riquezas que luego ellos tranquilamente disfrutan. ¿Por qué ocurre esto en el Puerto de Santa María?

Porque los buenos hijos del mar de esta ciudad no quieren salir de su estado de infelicidad, y como los enfermos de la vista no se atreven á mirar la luz, así ellos se sienten incapacitados para mirar frente á frente á los que de su explotación vienen haciendo grangerías; siempre aislados, dispersos, sin cohesión, sin unidad, sin nada que vigorice sus energías. Piden, no se les hace caso; solicitan, se les des-

precia; reclaman, se les engaña; arguyen, se les despide; aprietan en su justa demanda, y frente á sus legítimas exigencias, se levanta la sombra del cabo de mar en la playa, y del polizone en la tierra, y del alguacil en la puerta del Juzgado, para llevarlo á la cárcel.

La historia es siempre la misma: al pobre, al débil, al aislado, se le persigue, se le explota en cambio...

¡Cuán distinto cuadro, qué distinto porvenir tendría ese humilde obrero del mar, si asociado y teniendo tras sí todas las fuerzas de la corporación, supiera pedir, supiera defenderse! (Fijaos en cuanto dice «Cabal».)

Pues bien; hasta aquí hemos tenido abandonados nuestros intereses. Para que no continúen así, es preciso que acordemos á la unión, como lo hacen todos los obreros que tienen conciencia del estado en que se encuentran.

No mostréis celos, ni temor; nuestros explotadores nos miran solamente como á seres que estamos obligados á enriquecerlos; ya sabéis que no nos guardan consideración alguna. Su posición privilegiada les sirve para dominarnos y para negarnos, no solamente el pan del cuerpo, sino también el de la inteligencia y la instrucción.

¡Animo, compañeros! Unámonos y nos haremos respetar de quienes sobre hacernos pasar hambre, nos ultrajan á todas horas. Nuestra condición de esclavos hoy; así como nuestra dignificación de hombres ante el mundo civilizado, exige la más pronta reorganización del gremio, para con estos medios abolir la esclavitud de hoy, figurando como hombres dignos en las filas del ejército proletario.

Compañeros: La fuerza está entre todos nosotros; si la sabemos aprovechar, de nuestra resistencia depende el porvenir de nuestra clase.

¡Viva la solidaridad obrera!

¡Viva la unión del gremio de marineros del Puerto de Santa María!

J. ALBERT.

Amen

Quisiera tener ideas fecundas, juicio claro, observaciones reales y acertadas que ilustran á quienes las escuchan é instruye á quienes las comentan y satisface á quienes la critican para atraer á mi cerebro las memorias y leyendas fa-

náticas, de los siglos XIX y XVIII respecto al orden religioso, y puesto aunque tarde, hoy sobre el tapete de la discusión. De todas partes, naciones, capitales y poblaciones, surge una ráfaga de alegría, pues parece que aquella España perseguida por Fernando VII, aquella España que derramó raudales de sangre en la gloriosa revolución septembrina del 69, para que esa sangre fuera á parar al curso progresista democrático; aquella España que se mostó y se muestra valiente aun en nuestros días, acogiendo con gran vehemencia y ensalzando una idea que ha de ser una de las venas conductora para llevarnos al concierto europeo donde todas las naciones libres tienen un puesto conseguido por no dejar manar en sus naciones á la fuente deshonorosa que nos ofrece cristalina limpia agua y que al beberla sirva de veneno á los que de ello ignorantes cojan en sus redes egoistas. Pero hoy ya veo tremolar allá en lo lejo el estandarte de la libertad, y aun me parecen más rojos sus colores; ya me parece repito, verlo limpio del espeso velo negro que lo encubría y que para escarnio nuestro permanecíamos inmóviles, extasiados ante la magnitud de la verdad que se mostraba clara, evidente y diciendo: ¡pueblo español, qué haces! ¡No eres aún capaz en pleno siglo XX, de sacudir el yugo que te oprime y te trata aún de aplastar! ¡No eres tampoco capaz de echar de tu lado el egoismo, la fantasía, la abyección y dejar paso franco á la civilización y con ella al progreso!, y el pueblo á esta voz respondió el 3 de Julio pasado, dando su completa confianza al Gabinete Canalejas, el cual hace una obra anticlerical conforme en todas sus partes con la soberanía popular, la que aun ansiando más, por hoy aplaude la conducta del actual dicho Gabinete, que echa una poca de semilla progresista y espera recoger en un día el fruto en su totalidad.

Sin embargo, nosotros los que amamos el progreso, creemos cumplir con un alto deber de conciencia, divulgando nuestras ideas y alabando al mismo tiempo al señor Canalejas, siempre que prosiga en la demolición de esa fantasma que como digo antes, nos hace caer en las catacumbas de la ignorancia.

Quiero terminar por último, diciendo: ¡Republicanos: socialistas, queridos correligionarios unos y aliados otros, que no llegue ni el eco de aquella voz del gran Costa, del sublime patricio honra de la España progresista, de la España que quiere llegar á civilizarse negándonos los atributos varoniles, ó mejor dicho el ser de hombre.

C. R. y Q.

Puerto y Agosto 1910.